

SERMON 1.º

SOBRE EL

PATROCINIO DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

*Si inveni gratiam coram oculis tuis,
dona mihi animam meam pro qua rogo, et
populum meum pro quo obsecro.*

Si he hallado gracia en tus ojos, concédeme la vida por la que te ruego y á mi pueblo por quien intercedo.

Esther. cap. VII, v. 3.

Si el pueblo de Israel tan amado como favorecido del Eterno celebraba con júbilo la memoria del triunfo que obtuviera sobre sus enemigos, era una justa espresion de su reconocimiento y gratitud, y debido homenaje al Dios de sus padres, que velando sobre la suerte de sus hijos no los deja perecer en el dia de la tribulacion. Mardoqueo autorizado por el rey Assuero les envia la fausta nueva de la libertad de sus hermanos, pereciendo en el mismo suplicio que preparaba para los hijos de Israel el pérfido Aman, que habia arrancado al monarca el fatal decreto de esterminio: y las ciento veinte y siete provincias que estuvieran sujetas á su mando, reconocen el poder de una hermosa y solícita

mujer, elevada por Dios á la mayor dignidad para que fuese el instrumento de su libertad.

Sí, congregacion venerable; la bella Esther halló gracia á los ojos de Assuero: pidió por su afligido pueblo, obtuvo su libertad, y eternas bendiciones, sonoros cánticos de alabanza resonaron en honor á la libertadora de su pueblo, á la protectora de sus hermanos, á la madre de todos los atribulados. No gimas Israel, esperando tu ya decretada muerte. Aun tienes quien ruegue por tí: cerca del Rey está aquella criatura que entre todas las mujeres fué distinguida del Monarca. Enjuga tus lágrimas, tú quedarás victorioso y á tus manos perecerán tus adversarios. Escucha atenta la escena que tiene lugar en la morada de Assuero. Esther radiante de hermosura, adornada con sus mejores joyas se acerca al trono y es recibida con el mayor agrado y amor por el monarca, que la dirige estas palabras:—¿Cuál es tu peticion, Esther? ¿Cuáles son tus deseos? Si pides la mitad de mi reino te será concedido.—Si he hallado gracia, le dice, oh rey, concédeme la vida por la que te ruego y la de mi pueblo por quien intercedo: *Si inveni gratiam, etc.*

Pero, señores, ¿es por ventura esta heroína del antiguo pueblo la que al presente arrebatara nuestras atenciones? No, Esther, célebre eres en las sagradas páginas; hermosa entre las hijas de tu pueblo; amada del mas poderoso monarca que reinara desde la India hasta la Etiopía: mas solo fuistes sombra de la Esther divina á la que aplaudimos y con júbilo santo celebramos; de la Esther amada del Eterno Príncipe; de la incomparable criatura que en el cielo y tierra es respetada. Individuos de esta ilustre Congregacion, cristianos todos que me escuchais, no me presento entre

vosotros para conduciros á Susan , ciudad capital de su reino. Venid conmigo; fijad vuestra vista en esa hermosa Imágen , y en ella encontrareis la realidad de Esther, la obra grande del Altísimo , nuestro refugio y única esperanza. Yo al considerar la dulce advocacion con que la celebrais no puedo menos de regocijarme contemplando cuánto podemos esperar de su Patrocinio. Hijos del católico y piadoso pueblo de N., esta hermandad fervorosa os convida para que conozcais los grandes é inestimables bienes que podemos alcanzar de acogernos al Patrocinio de la Reina de los Angeles. Ha escogido para intérprete de los sentimientos y cantor de las misericordias de María, al menos apto de cuantos ocupan la sagrada cátedra del Evangelio, cuando para hablar de la Divina Paloma que fué enviada del Arca de los cielos seria necesaria la elocuencia de un Agustín, el enardecido espíritu de un Ildefonso, y aun escuchariamos esclamar al melífero Bernardo que jamás podría publicar dignamente las glorias de María: difícil empresa, pues, la que me ha sido confiada.

Con todo, señores, deseoso de corresponder á la inmerecida confianza que en mí se ha depositado, os haré ver que la Santísima Virgen, acogiéndonos bajo su patrocinio, y alcanzándonos las divinas misericordias, es la realidad de la antigua Esther, por la que se rasga el decreto de nuestro esterminio, demostrando en seguida, que para merecer este patrocinio, nos es necesario hacer penitencia por nuestros pecados y practicar las virtudes. Tal va á ser el asunto del presente panegírico moral, que espero sea en gloria de Dios, en honra de su Madre y en nuestra propia utilidad y aprovechamiento espiritual.

Dios de infinito amor; abismado en vuestra presencia llevo necesitado á suplicaros luz que me dirija, gracia que me ilustre, fuego que me haga encender en los corazones de mis oyentes la verdadera devocion á vuestra Santísima Madre. En Vos confio, reina soberana, sed mi abogada é interceded en mi favor ínterin todos os saludamos llena de gracia: *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Desde los mas remotos tiempos; desde el momento mismo en que la astuta serpiente sedujera á la primera mujer, haciendo desgraciada á su dilatada posteridad, empieza á prometerse el remedio que en su día sanar debiera nuestros males. Dios, siempre lleno de bondad, Padre de la Misericordia, no podia olvidar al hombre, toda vez que le habia criado para tener con él sus complacencias. El mismo descenderá del trono de su gloria: su palabra, el Verbo eterno, igual y consustancial al Padre, satisfará la justicia divina justamente irritada, por la desordenada ambicion del proto-Padre de los hombres. Escuchad las grandes promesas, los espresivos símbolos con que se anuncia al mundo en los grandes patriarcas, esclarecidos profetas y privilegiados justos del antiguo pueblo; mas al mismo tiempo se declaran las misericordias de aquella criatura sobremanera venturosa que preparára en los altos designios de su infinito amor para que fuese co-Redentora de la humanidad. María es representada en el árbol de la vida, en el Bellocino de Gedeon, y en la Esther solícita que pide la libertad de su pueblo: *Si inveniri gratiam, etc.*

En todas sus acciones, en todas sus obras, y en los

extraordinarios favores que dispensó á su pueblo representó, dicen los padres de la Iglesia, la hermosa Esther á la Reina de los Angeles María Santísima: ella fué la que, en espresion del sábio Idiota, hizo las paces entre el rey Assuero y el judáico pueblo, descubriendo los malvados pensamientos de Aman, que maquinaba la destruccion de aquel. María, llena de gracia, hermosa entre las hijas del desgraciado Adan, da á luz al Hombre-Dios, que destruye el poder del fiero é infernal Aman, haciendo que consiga un admirable triunfo la posteridad desgraciada de un padre prevaricador. Sigamos la historia de Esther, y esta verdad será reconocida.

Assuero, aquel gran monarca, hace sentar á su mesa los príncipes mas ilustres y valerosos de los persas y de los medos para manifestarles su poder. Vasti desobedece el real mandato y es repudiada, al paso que Esther es escogida entre todas por su candor y hermosura para ser reina y señora de un pueblo. Fijad ahora vuestra vista en el principio de los tiempos: allí encontrareis al arbitrio de la naturaleza, al Señor de todas las cosas manifestando su poder en la creación: impera no como Assuero sobre ciento veinte y siete provincias, sino ejerciendo su dominacion sobre todos los reyes que nacer debieran de la generacion del que fué primeramente hecho. Una mujer hermosa, que habia criado y colocado en el Paraiso, desobedece sus órdenes, haciéndose objeto indigno de su gracia, y deja de residir en la primera habitacion que ocupára en el magnífico y encantador palacio del jardin de Edem.

Empero, la divina Eva, la agraciada Esther María que ya habia sido desde el principio concebida en la mente divina, arrebató las atenciones del Eterno Prín-

cipe. Ella será Madre de los hombres, Señora del cielo y de la tierra, co-Redentora de los hijos desgraciados de Adan. Sí; esta Esther hermosísima, adornada con la diversidad de heróicas virtudes, es como dice Alberto Magno, graciosa y amable á los ojos de Dios, de los ángeles, de los justos y de los pecadores: busquen en buen hora por todas las provincias vírgenes hermosas para presentarlas á Assuero, pero solo Esther es escogida. Preséntense cuantas hayan podido resplandecer en uno y otro Testamento; Lias fecundas, preciosas Sunamitis, Raqueles hermosas, cástas Susanas; entrad en el palacio del gran Rey del cielo y de la tierra; presentad vuestros méritos, los tesoros que supisteis adquirir; pero se os dirá: Congregásteis riquezas, hijas de Sion, fuisteis modelos de vuestros pueblos, pero tú Esther divina, *tú super gresa est universas*; tú excedes á todas, eres reina entre las heroínas, señora entre las esclavas.

Ellas, mis señores, están manchadas con la culpa que heredaron, participaron de la comun inundacion, de la criminal desobediencia. María está llena de aquella gracia que no solo la preserva del pecado, sino que tan plenamente la santifica, que la hace impecable y establece en la mas consumada santidad. A su vista los astros mas brillantes se eclipsan porque ella es llena de la gracia, sin mancha de la culpa original. Esther mereció las atenciones de Assuero; María las de toda la Santísima Trinidad, como dice Ricardo de San Lorenzo: fué hermosa por su caridad, que es el fundamento de todas las virtudes, llena de belleza por su castidad, y amable por su profundísima humildad. En ella fija sus miradas el Eterno; ella arrebató sus atenciones, y es la única que le agrada: *Unica est amica mea*: su amiga, su paloma, su perfecta y distinguida: sobre

sus sienes brilla la hermosa diadema de su poder: sobre sus hombros descansa el cetro del Monarca de las eternidades: saliendo Este de su trono, bajando de su régio alcázar, y sosteniendo en sus manos á esta Ester amada, como afirma San Benardino de Sena, ella pide por su pueblo y alcanza para sus hijos y devotos, para aquellos que confían en su poderoso patrocinio la libertad y la salud. ¿Qué pedirá esta divina Señora, que no le sea concedido? Oid las palabras que le dirige el que es rey de reyes y Señor de los que dominan: ¿Qué quieres María? ¿Cuál es tu súplica? Aunque pidas la mitad de mi reino te será concedido.

Dirijamos de nuevo nuestra vista á la Esther del Testamento Antiguo. El pérfido Aman habia resuelto perder al pueblo judío, que gemia ya en la esclavitud, mirando próximo su esterminio. Mardoqueo no deja de clamar á Esther: le presenta su afliccion, le hace conocer que su elevacion la empeña para salvarlos: pone en sus manos el remedio de sus grandes males: luto, llanto, afliccion y desconsuelo cubre á todos en tan ominosos dias. Esther despreciando los peligros, accede á las súplicas de Mardoqueo, y presentándose al rey salva á su pueblo.

¡Oh, hermosísima María! ¡Divina Esther del cristiano pueblo! A tí han acudido siempre los Mardoqueos de la ley de gracia, los príncipes cristianos cuando han luchado con los enemigos de la fé, los misioneros al evangelizar incultas islas, los justos de todas las edades, cuando han visto amenazados sus pueblos por grandes calamidades: á tí han acudido siempre los hijos de la Iglesia en todas sus aflicciones, y tu bondad, tu patrocinio los ha salvado.

¡Qué verdad tan consoladora! María en la cumbre

de la mayor grandeza se ocupa en rogar por los miserables pecadores: su corazon amante arde en el fuego de la caridad: identificada en sentimientos con su divino Hijo, desea la salvacion universal: ¿cómo, pues, desatenderá los ruegos del que implora sus bondades? ¿cómo rechazará al pecador arrepentido que se acoge á su patrocinio? No: María tiene siempre fija su vista en nuestras necesidades para socorrerlas: tal es su misericordia, que une sus ruegos á los nuestros para presentarlos ante el trono de su divino Hijo.

En efecto, señores: María no olvida, no puede olvidar que al consumir su divino Hijo la obra de la redencion de la humanidad, la constituyó Madre de los hombres, y cumple con la mayor exactitud los deberes que tal maternidad le impone: ama á sus hijos, observa sus necesidades, enjuga su llanto, y acogiéndolos bajo su proteccion, los libra de todos los peligros. Es la verdadera Esther, dispuesta siempre á interceder por nosotros ante el trono del Rey de la gloria. Así si una vez le pregunta uno de sus amantes siervos por su ocupacion en el cielo, le contesta: «Pido misericordia para los miserables pecadores.» ¡Oh qué dicha tener en el cielo una Madre tan llena de poder y tan dispuesta siempre á favorecernos! Decidme: ¿de qué poder, despues del poder incomparable de Dios, tenemos nosotros unas pruebas mas constantes, mas sublimes y verdaderas? ¿Quién la ha invocado que no haya experimentado las mayores dulzuras? ¿Quién ante su imágen no ha experimentado consuelo en sus penas? Digámoslo de una vez, mis hermanos: María es una necesidad para el cristiano: sin ella no podemos vivir, porque ella es vida, dulzura y esperanza nuestra.

Deseo, señores, pronunciar una palabra del mayor